



Editorial

NO TODOS EN EE.UU. ESTÁN CONTRA KIOTO...

Un incipiente y atípico frente ecológico, nutrido de regidores, gobiernos regionales y firmas energéticas, se ha rebelado contra la negativa del presidente de los EE.UU. a ratificar el *Protocolo de Kioto*, al que se han sumado voluntariamente.

Mientras el mundo se afana por buscar vías de solución al cambio climático, que amenaza con recalentar el planeta, inundar poblaciones costeras y acentuar las sequías, el Gobierno del país más contaminante afirma que tal problema sólo existe en la mente de algunos científicos tremendistas. El presidente no sólo niega la mayor, que es lo que justificó la entrada en vigor del Protocolo el pasado mes de febrero, sino que argumenta que el coste de la transición hacia una economía más ecológica sería demasiado oneroso.

Pero la hasta ahora resistencia numantina de Bush para ver lo que casi todos ven, puede empezar a flojear tras una incipiente revolución ecológica que está en marcha en EE.UU. Más de 166 alcaldes, 10 Estados y un puñado de empresas energéticas se están declarando, de una u otra forma, dispuestos a respetar el espíritu (algunos también la letra) del Protocolo y prometen fuertes recortes de los gases contaminantes. Triple movimiento y la sublevación no es una más.

Este triple movimiento aglutina tanto a republicanos como a demócratas y sus dirigentes tienen gran peso simbólico. Entre las ciudades figuran grandes núcleos urbanos como Nueva York o Los Ángeles, que representan a casi 40 millones de personas de 35 regiones distintas. Entre los gobiernos federales se encuentra el de California, el Estado más grande, y entre las empresas destaca la emblemática General Electric (GE). De momento, los tres movimientos discurren paralelamente aunque podrían converger en un frente común.

Parece que, tras el rechazo de Washington a ratificar el pacto internacional, el regidor decidió recortar unilateralmente las emisiones de efecto invernadero un 7% en 2012, frente a los niveles de 1990. Las ciudades (al igual que los Estados y las empresas) no se suman a Kioto por mera simpatía intelectual sino por temor a las funestas consecuencias de los cambios climáticos bruscos sobre su actividad.

Esta corriente política de fondo es trascendental. Muy a menudo, cuando un número suficiente de grandes Estados

actúa, en algún momento el Gobierno central decide hacerlo también. En cuanto a las empresas, se empieza a resquebrajar la monolítica oposición de la industria al corsé de Kioto. Así, G.E. deja claro que hay señales de que los gases de efecto invernadero sí producen impacto sobre el medio ambiente y es muy crítica con otras empresas ancladas en el inmovilismo. Durante demasiado tiempo, muchas Compañías han contemplado la protección del medio ambiente como un negocio en el que no se puede ganar y conocemos casos en nuestro propio País.

De hecho, muchos accionistas exigen con insistencia que las firmas tengan en consideración el riesgo financiero derivado del cambio climático y de un súbito aumento de las restricciones a escala nacional.

Pero las empresas tampoco se mueven por amor al arte: saben que pueden experimentar dificultades a la hora de competir en algunos mercados internacionales y que la tecnología verde es un negocio lucrativo en sí misma. Podemos ayudar a mejorar el medio ambiente y ganar dinero con ello.

El mercado europeo de emisiones permite que un conjunto de instalaciones industriales de los sectores eléctrico, cementero, siderúrgico y petroliero, entre otros, acudan a esta nueva Bolsa a adquirir derechos de CO₂ para ajustarse a la asignación de emisiones que les ha realizado su Gobierno. Por lo tanto, en principio, para que cualquier Compañía pueda comprar y vender cuotas de emisión, tienen que tener una instalación en la UE y haber recibido una asignación de CO₂.

Sin embargo, las reglas europeas del mercado de contaminación también permiten que las personas físicas o jurídicas negocien en esta Bolsa y ahí es donde podría abrirse una vía para la entrada de Compañías de EE.UU. en el parqué europeo del CO₂. El interés ya existe y, de hecho, el apoyo de los grandes grupos energéticos desvela también el interés por sacar partido a la compraventa de derechos de emisión.

Se asegura que las reservas de petróleo son de 50 años y 70 las de gas natural... El carbón se presenta como recurso más duradero, 220 años. Esto nos obliga a mejorar los procesos actuales sin dejar de pensar en la energía nuclear a la que parecen volver la mirada algunos países...